

podido publicar algunas de vuestras alabanzas. Que deseo más, ya lo sabeis; pero no ignorais que tampoco puedo más. Aceptad esta ofrenda, y sea para gloria de Dios, para alabanza vuestra y para aprovechamiento y estímulo de todos los hombres.

FELIPE VELAZQUEZ Y ARROYO.

DISCURSO PRIMERO.

Devocion á Maria Santísima.

*Super salutem et speciem dilexi illam,
et proposui pro luce habere eam, quoniam
inextinguibile est lumen illius.*

(Sap., vii, 10.)

La amé más que la salud y la hermosura, y me propuse tenerla por luz, porque es inextinguible su resplandor. (Del libro de la Sabiduria, cap. vii, vers. 10.)

QUÉ hermoso y qué útil es para nuestras almas elevar alguna vez el entendimiento humano á la contemplacion de las cosas divinas! Ora nos fijemos en Dios, lo más excelente y admirable que se puede decir ni pensar, cuyo Sér sin principio ni fin es el principio y el fin de todas las criaturas; ora nos detengamos en estas mismas criaturas, sacadas de lo que sin Dios era nada, y sostenidas para ser instrumentos vivos de la gloria del mismo Dios; ya paremos la consideracion en el mundo material, mirándole como una roca estéril que sirve de pedestal á la Suprema Omnipotencia, ó más tarde le examinemos como una masa fecunda y productiva, de cuyo seno brotan, al *Hágase* de la Majestad increada, tantas maravillas cuantos son los objetos que nos rodean, siempre Dios es el que encadena todos los sentimientos de un corazon cristiano; siempre nuestro espíritu vuela impelido por una dulce pero irresistible violencia, á confesar su arrobamiento y su deleite á las plantas de la Sabiduria celestial. Yo traslado, señores, por un momento mi imaginacion desde la Cátedra del Espíritu Santo á las moradas venturosas de la celestial Jerusalem; desde allí desciendo otra vez á la extension inmensurable del universo, y en aquellas lo mismo que en éste, oigo resonar, poseido del más hermoso entusiasmo, las palabras del libro de la *Sabiduria* que he elegido

para texto: *Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere eam, quoniam inextinguibile est lumen illius.* «La amé más que la salud y la hermosura, y me propuse tenerla por guía, porque es inextinguible su resplandor.»

Todas y cada una de estas palabras repiten entre suavísimas melodías las turbas de innumerables espíritus celestiales, rindiendo sus homenajes á los piés de una mujer cuyas plantas acaricia la luna, y cuya frente coronan las estrellas. Todas y cada una de estas palabras repite el glorioso coro de los Apóstoles, inclinadas las frentes ante una mujer tan sabia como santa, tan virtuosa como privilegiada, y magnánima conservadora y propagadora del Evangelio y de la Religion de Jesucristo. Todas y cada una de estas palabras repite el laureado ejército de los mártires, extendiendo sus palmas y coronas á los piés de su ilustre Capitana, de la invencible mártir que, cercada de unos dolores que no admiten comparacion, y acrisolada y purificada por unos martiries que no tuvieron ni pueden tener semejante, los guiara por el camino de la tribulacion, hasta colocarlos en las puertas de la gloria. Todas y cada una de estas palabras repite sin descansar una cohorte lucidísima de vírgenes, ofreciendo sus cándidas y fragantes azucenas para ser santificadas por el inmaculado aliento de la que, inmaculada desde el instante primero de su Concepcion purísima, fué coronada como Emperatriz y Señora de las vírgenes y de los confesores. Todas y cada una de estas palabras se oyen en lo interior del firmamento, resuenan por los ámbitos de la tierra, retumban y hacen estremecer las cavernas de los abismos; y creo que nada aventuro si digo que todas y cada una de estas palabras repiten á una voz, pero con diferente aplicacion, las tres divinas Personas de la Beatísima Trinidad, al engrandecer y coronar á aquella criatura cuyo nombre es santo, y á quien aclaman Bendita entre los nacidos todas las generaciones. Pero no pasemos adelante, católicos.

Como quiera que á medida que el tiempo arrebatara los años de mi vida el amor hácia Maria, arrebatara tambien todos los afectos de mi corazon; como quiera que siendo el primero y el mayor de los pecadores necesito tambien de mayor misericordia; y siendo el último y el más indigno de los ministros de Jesucristo, pesa sobre mí la obligacion de propagar y promover, por cuantos medios estén á mi alcance, las glorias y la devocion de la Virgen Santísima, su Madre y Madre nuestra, de Ella pienso ocuparme en este breve rato. *Quién es Maria Santísima y por qué debemos honrarla con extraordinaria devocion,* es el pensamiento que me

propongo desenvolver. Pero para que desciendan sobre mi entendimiento los auxilios de la divina gracia, y para que mis palabras tengan la eficacia que yo deseo, digamos á Maria Santísima que la amamos más que la salud y que la hermosura, y saludémosla con el Arcángel, diciéndola de todo corazon.

Ave Maria.

Honrar y reverenciar al más pequeño de esos séres privilegiados y felices que habitan en la Sion inmortal, sin tener un conocimiento, si no total, al menos aproximado de sus merecimientos, es imposible: y será fácil cosa á nuestras almas, ni estará á los limitados alcances de la humana capacidad honrar y reverenciar á Maria, el sér más privilegiado y feliz de cuantos existen en toda la creacion, en lo visible y lo invisible, antes que todo en el órden de la naturaleza, y despues únicamente de Dios en el órden de la gracia, sin tener al ménos una idea, aunque sucinta, de quién es Maria Santísima? ¿Habrà génio tan precoz, lengua tan atrevida, pluma tan acertada, ni pincel tan brillante que pueda retratarnos á Maria, no ya cual Ella es en sus admirables y sublimes relaciones con Dios, sinó en su familiar comunicacion y en su trato maternal con los hombres? Más, imposible, cristianos. *¿Quæ est ista?* ¿Quién es Esta, diré yo ahora, repitiendo la espresion de pasmo de los querubines y serafines, á quienes cupo la envidiable suerte de recibir á Maria en los alcázares celestiales en el momento mismo de su triunfal asuncion á los cielos? *¿Quæ est ista?* ¿Quién es Esta? Esta es Maria, la más prudente entre las vírgenes de Sion, y la más delicada y hermosa entre las hijas de Jerusalem. Maria es una criatura *tota pulchra et macula non est in te*; en cuyo corazon no se encontró la sombra de la más ligera mancha, ni se encontrara si la buscáramos desde la eternidad. Maria es una criatura *gratia plena*, llena de gracia, animada por el soplo de la fe, arrullada en la cuna por el viento de la esperanza, y nutrida en todos los instantes de su vida por el fuego de la caridad. Si miramos á su belleza, es indecible; si atendemos á sus encantos, son incomparables; si buscamos en lo más exquisito y seductor de la naturaleza un rasgo que se presente á nuestra imaginacion, el ideal bendito de Maria oscurece á la naturaleza, como oscurecen los rayos del sol al lánguido resplandor de la estrella de menos magnitud. Maria Santísima es una criatura *benedicta tu in mulieribus*, bendita entre todas las mujeres, y la más noble de todas las criaturas. Dotada de tan altísimos privilegios, que por ellos y

por su abnegacion profunda y su voluntad siempre obediente, fué coronada en su último dia como Emperatriz del cielo y del mundo, los moradores del cielo y del mundo se honran, doblando ante Maria la rodilla.

Pero prescindamos de sus privilegios y si hablemos de sus destinos; sólo uno, católicos, el haber sido destinada para Madre del mismo Dios, dá una idea tan elevada de la Virgen, suscita un pensamiento tan eminente de la hija de Nazareth, que en Ella contemplamos una cosa que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento del hombre puede comprender. Madre de Dios, revestida de tanto poder, que en ella se refleja la omnipotencia del Padre que la eligió por hija: Madre de Dios, enriquecida de tanta sabiduria, que en Ella se refleja toda la sabiduria del Hijo que la escogió para su madre; Madre, finalmente de Dios, pero poseida de tanto amor, que en Ella se refleja perfectamente todo el amor del Espíritu Santo que la destinó para su esposa. Maria Santísima es la mujer en cuyo corazon cabe más bondad, porque es la imágen más acabada de la bondad infinita de Dios. La de corazon más magnánimo para padecer, y de corazon más generoso para perdonar: Madre, por su heroica magnanimidad, de lo más grande, que es Jesucristo: Madre, por su inimitable generosidad, de lo más miserable, que son los pecadores: tan amante de su Dios, que el amor de todos los justos y de todos los bienaventurados es un átomo comparado con el que le tiene Maria Santísima; y tan amante de los hombres, que el cariño que la Virgen Santísima nos tiene sólo puede compararse con el que nos profesa el mismo Dios.

Maria, si es el alma más rica por lo que recibió del Eterno, es también la más pródiga para dar de lo mismo que recibió; por eso nos ha dado, despues del fruto bendito de su vientre, el Redentor del género humano, lo más tierno, lo más dulce y lo más amable que podía darnos, que fueron su nombre y su corazon. La vida es un mar borrascoso de dolores y de infortunios; y apenas dejan de arrullarnos en ella las auras de la niñez, levántanse contra nosotros las oleadas soberbias de la tentacion, silban furiosos los vendabales de las pasiones, nos sitian las enfermedades, desfallecemos en el dolor, zozobramos en la adversidad, y al tocar nuestro último término, nos sumergiríamos en el abismo de la perdicion eterna, si no tuviéramos un nombre que, invocado, nos confortase, y un corazon que compasivo nos recibiese. La tierra es un erial sembrado de abrojos y de espinas, erizado de malezas y cubierto de la oscura niebla de la tribulacion y de los desengaños: y nos

perderíamos sin duda en tan intrincado y tenebroso laberinto, si no hubiera para nosotros el nombre de Maria que nos ilumina, y el corazon de Maria que sostiene nuestro corazon. La niñez con su imbecilidad y sus gemidos, la juventud con el desenfrenado torrente de sus apetitos, y la ancianidad con su impotencia y sus achaques serian mucho más peligrosas y ménos soportables, si cada edad no encontrase su remedio en el nombre halagüeño de Maria, y su albergue de paz y de consuelo en el corazon augusto de Maria.

Maria, segun lo indica su nombre, es el mar pacífico de las delicias y el piélago inagotable de las esperanzas de un cristiano: Maria, segun lo manifiesta su corazon, es, despues de Dios, todo cuanto nosotros podemos apetecer. Tenemos en Maria un canal sosegado y cristalino por donde atravesar desde la cuna al sepulcro, guiados por una estrella, que es Ella misma: compañera inseparable que nos lleva de la mano por la peregrinacion escabrosa y difícil de la virtud, acueducto misterioso de la gracia, fuente inexhausta y peregrina de la misericordia, áncora de salud, puerto de refugio y garantia segura de nuestra eterna y suspirada salvacion. Esta es Maria, señores, débilmente delineada por la pluma de un hombre. Examinemos ahora las razones que nos obligan á honrarla con *extraordinaria devocion*.

Tanto más debemos esperar de una criatura, cuanto la vemos más favorecida de Dios y ensalzada á cargos de mayor consideracion. Y ¿quién, señores, será bastante á llenar el inmenso vacío de nuestras almas sinó Maria Santísima, criatura cuyas alabanzas me parece escusado principiar, porque creo imposible poderlas concluir? Si paramos nuestra consideracion en el dulcísimo nombre con que la imploramos, él solo es suficiente motivo en nosotros para honrarla con la más acendrada y tiernísima devocion: el nombre de Maria nos pone, cuantas veces le pronunciamos, en la presencia de la Reina de los cielos; y la humildad con que la llamamos, y la confianza con que la pedimos, y el amor que en nuestra peticion humilde la manifestamos, nos granjea el derecho de ser de Ella favorecidos, y como que la imponen la obligacion de acudir á nuestro sócero tan pronto como la Señora se apercibe de nuestra necesidad.

Extraviado el inocente y manso corderillo de la pradera donde apacienta su madre, vá y viene, torna á ir y vuelve á tornar, y sufre porque no la halla y se contrista porque la cree perdida; bala una, dos y cien veces, y la cordera le escucha, y le contesta con otro balido igual; y le reconoce porque el balido del cordero,

que es la espresion del corazon del hijo, es tambien el balido de la oveja, que es la espresion del corazon de la madre. Piérdase el alma, en hora buena, en los desiertos del mundo; llore sombría y solitaria los dolores de una ilusion perdida, ó la amargura de un desengaño que llegó demasiado pronto; pero busque á Maria con fe, y la encontrará; llámela con esperanza, y nuestra Madre le contestará; sígala con lealtad y perseverancia, hónrela con potencias y sentidos, y la ilusion del mundo será una realidad del cielo, y el prematuro desengaño será el presagio felicísimo de un bien que nada puede destruir. El rebaño de Jesucristo tiene muchas ovejuelas que, aturdidas con los infectados vapores del error, recelan, desmayan y se extravian; pero hay una Pastora que vá en seguimiento suyo, que las busca con maternales ansias, las reune con amorosa solicitud, y las congrega en derredor suyo, oyendo compasiva las querellas y consolando cariñosa las aficciones de cada una; y los vapores se desvanecen, y el peligro se ahuyenta, y las ovejas se salvan...: esta Pastora es Maria.

Merece Maria Santísima nuestra singular y ferviente devccion, porque es Madre de Dios, y como tal, la más poderosa para socorrernos, la más sabia para iluminarnos, y la más entrañable para protegernos. Tan grande es Maria en el destino de la divina maternidad, que Dios hubiera podido hacer un mundo mayor que el existente, pero no hubiera podido crear una Madre mayor que Maria, á quien destinó para Madre suya. Maria es nuestra Madre; nosotros somos herederos, y á nosotros nos pertenece por innumerables títulos el corazon de Maria traspasado por los dolores del Hijo, abrasado con los amores del Hijo, y delegada en los últimos mementos del Hijo para ser en el tiempo, lo mismo que en la eternidad, la única Madre de los pecadores. Y si el que honra á su padre y á su madre, segun se espresa el mismo Dios, vivirá largos años sobre la tierra, ¿qué vida no alcanzaremos nosotros honrando y reverenciando á Maria, como Madre de Dios y de los hombres? Maria es nuestra abogada; y así como tenemos en el Hijo intercesor y medianero para con el Padre, así tenemos tambien en la Madre medianera é intercesora para con el Hijo. Jesucristo manifiesta á su Eterno Padre, en beneficio de sus infortunados hermanos, sus llagas y su costado, y Maria Santísima ofrece á Jesucristo, por amor de los desterrados en este valle de lágrimas, el vientre que le llevó y los pechos que le alimentaron, y no hay lengua que sepa pedir lo que estos monumentos de caridad eterna puedan alcanzar.

Maria Santísima es acreedora á la devccion y afecto de todos

los cristianos, porque es Reina y Señora nuestra, porque es nuestra amantísima co-redentora, y Jesus recibe como honor tributado á sí mismo el honor que tributamos á Maria. Demos rienda suelta á los insaciables deseos de nuestro corazon, y rindamos alabanza, culto y adoracion á Maria Santísima, *porque puede ayudarnos.* «Pedid, Madre mía, dice el divino Salomon á la Betsabé celestial; yo os hice grande, y Vos me hicisteis hombre; de Vos he recibido el sér natural, bajo cuya forma vivi por el hombre, peregriné por el hombre y padecí y espiré por el hombre en una Cruz; y de Vos quiero que reciba tambien el hombre el sér sobrenatural, la vida de la gracia que es vida de salud y de eternidad.» Busquemos á Maria, y hallaremos la vida; busquemos á Maria, y encontraremos la felicidad.

Maria Santísima *quiere ayudarnos*: no es más pronto exponerla nuestras aficciones, que enviarnos el consuelo; ofrecerla nuestras necesidades, que prodigarnos el remedio; manifestarla nuestras enfermedades, que proporcionarnos la medicina. Así como una madre no puede olvidar jamás ni desentenderse del sér que concibió en sus entrañas, así tampoco la Virgen puede mirar con indiferencia á los que adoptó espiritualmente en la cumbre del Calvario. Maria Santísima *sabe favorecernos y ampararnos*; porque vé nuestros infortunios, porque conoce nuestras miserias, porque penetra nuestras calamidades; porque nadie mejor sabe socorrer que aquel que mejor sabe sufrir; y Maria sufre tanto como nosotros cuando imploramos su patrocinio en el padecimiento y en la consternacion. Amemos, finalmente, á nuestra Santísima Maria, porque nuestra devccion para con tan eminente criatura es *testimonio de eterna predestinacion*; porque es imposible que perezca el que se convierta de veras á Maria, y porque todo el que quiera salvarse, diré con el Doctor seráfico, San Buenaventura, es indispensablemente necesario que sea devoto de Maria.

La devccion á Maria Santísima es, por otra parte, indicio el ménos equívoco, y prueba la más cierta y relevante, de la verdadera fé; porque la misma gracia que nos ha hecho hijos de la Iglesia, ha grabado en nosotros con caracteres indelebles ese sentimiento filial hácia Maria; y de aquí se deduce como legítima consecuencia que no hay verdadero catolicismo sin la devccion á Maria; ni verdadera devccion á la Emperatriz de los cielos y de la tierra, fuera del Catolicismo. Debemos honrar á Maria con nuestro culto y adoraciones, porque esta devccion es en nosotros un instinto religioso, un movimiento indeliberado, una necesidad del corazon; y tan natural es que nosotros nos embriaguemos en

dulcísimo placer, reverenciando y obsequiando á Maria, como es natural ver á un hijo poseido de iguales sentimientos, cuando cumple los mismos deberes para con su madre.

Recopilaré, católicos, en pocas palabras las razones que nos obligan á ser devotos de Maria, y que tan imperfectamente os he manifestado en el discurso que voy á terminar. Debemos ser devotos de Maria porque es Madre de Dios y Madre de los hombres; porque es nuestra abogada y la Reina y Señora de todo lo criado; porque es corredentora del mundo; porque puede, porque está pronta y porque sabe favorecernos. Debemos honrar á Maria Santísima con un culto extraordinario, porque el verdadero devoto de Maria no perecerá; poi que el amor y tierno homenaje á Maria Santísima son testimonio de eterna predestinacion, y prueba indestructible de la verdadera fe. Pero tengamos en cuenta, señores, que esta devocion ha de consistir en las obras más que en las palabras; en el alma más que en la imaginacion; en el corazon más que en los lábios. Honrémosla concibiendo de la Señora el más sublime aprecio y estimacion; venerémosla depositando en Ella una cordial é ilimitada confianza; obsequiémosla siendo fieles imitadores de sus augustas virtudes; constantes en servirla y acariciarla, é intrépidos para sostener y propagar su culto, á despecho de la desvergonzada herejía y de la moderna impiedad. Seamos, por Dios, siempre devotos de la Virgen, y tendremos paz espiritual y temporal: en las tentaciones acudamos á Maria, y triunfarémos del demonio: recordemos á Maria; invoquemos á Maria; acojámonos sin temor y sin tardanza al abrigo de Maria; y despues de una vida corta en los años pero dilatada en los merecimientos, morirémos exhalando el último suspiro acompañado del nombre de Maria, recojerá Ella nuestras almas para trasladarlas á la celestial, triunfante y sempiterna Jerusalem, donde podremos decirla, admirando su hermosura y cantando su santidad: «Porque os amamos, Madre mia, más que la salud y que la hermosura, y porque nos propusimos teneros por luz, porque era inextinguible vuestro resplandor,» ahora, ya felices, os alabamos, bendecimos y glorificamos en compañía de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por infinitos siglos de los siglos. Así sea.

DISCURSO II.

Maria Santísima causa de nuestra alegría

Causa nostrae laetitiae.
(Iglesia in Lit. Lauret.)

AL principiar la agradable ocupacion confiada á mis fuerzas, débiles en todos conceptos, de predicaros la palabra de Dios en este suntuoso novenario, (1) pensé no debia perder de vista el grandioso objeto de tan merecidos cultos y homenajes; ni tampoco el que me dirigia á un auditorio que, confesando ser cristiano, se reconoce al mismo tiempo pecador, y necesitado por lo mismo de grandes y acabados modelos que imitar en la virtud, y de extraordinarias gracias que obtener para saciar las ansias de su alma. Por eso me propuse en los dias anteriores decir algo, aunque muy poco ciertamente, de lo grande que aparece la Virgen Santísima en el ejercicio de las principales virtudes Humildad, Fe, Esperanza y Caridad; de lo pequeños, lo descuidados, lo imperfectos que nosotros nos hallamos en la práctica de las mismas, y por consecuencia de lo obligados que nos vemos á reformar nuestra conducta y á marchar sobre las huellas de la que es bendita entre todas las mujeres. Os he manifestado que para ser virtuoso, para ser exaltado, es necesario primero y siempre ser humilde; que para justificarse delante de Dios no basta sólo creer, sino que es necesario obrar, porque la Fe sin las obras es una fe muerta; que para que nuestra Esperanza sea verdadera, se hace preciso que consista en esperar en Dios, en esperar la bienaventuranza y los medios para conseguirla, cooperando con la práctica de las buenas obras; y, por último, os he dicho que la virtud

(1) Predicado á la Congregacion de la Virgen de la Misericordia, en la parroquia de San Sebastian de Madrid, en Setiembre de 1860.